

Open Space: limits and coding A dialectic approach

Espacio abierto: límites y codificaciones Una aproximación dialéctica

— Mónica Inzua Estrada / Jaime Irigoyen Castillo

investigación
pp. 95-102

Espacio abierto es ese lugar común de cohesión social, de intercambio simbólico, económico y cultural. Estructurado por un argumento colectivo en donde el hombre, la naturaleza y la historia se condicionan recíprocamente.

Resumen

El espacio abierto como evidencia material permite argumentar sobre las causas del desarrollo histórico, de las fuerzas productivas, de las relaciones sociales, y de éstas con su contexto y la naturaleza. Este proceso se constituye dentro de un determinado sentido del orden que permite normar y legislar toda conducta y discursividad social como una praxis. Con este sentido, se reflexiona sobre el modo actual de su producción para transformar sus condiciones desde el proceso de diseño.

Palabras clave: espacio social, espacio político, intercambio, argumento social, contradicciones, totalidad concreta, estructuras simbólicas, significaciones, vigencias y caducidades, valor de uso y de cambio

Abstract

Open space as material evidence allows argumentation upon the causes of historic development, productive forces, social relations and of these with their context and nature. This process is formed within a given sense of order that permits rule and legislation over every single behavior and social discourse as a praxis. In this sense, the article reflects on the current way of its production in order to transform its conditions since the design process.

Key words: social space, politic space, exchange, social argument, contradictions, concrete wholeness, symbolic structures, meanings, life span and expires, user value and change value



Ciudad Azteca. 2009.
Al Noroeste de la Ciudad de México.
La carencia de áreas verdes comunitarias.
Fotografía: Mónica Inzua

La preocupación de la que surgen estas líneas consiste en poder definir los límites por los cuales un espacio abierto, ya instituido, deja de permitir la diversidad y riqueza cultural de cualquier forma de vida social. La sucesión de significantes que constituyen la realidad del paisaje y el entorno deja de ser un modelo de elección. Se transforma en franca ideología dominante que impone modos y atavismos por medio de figuras retóricas generadas desde las mismas disciplinas del diseño en vez de crear y construir un discurso

que, desde el entendimiento y comprensión del carácter público del espacio abierto, permita sustentar sus prácticas. El diseño del paisaje es una práctica social que busca plena congruencia con el actual desarrollo social, cultural, económico y tecnológico. Premisa que recuerda la responsabilidad y reciprocidad de lo que el diseñador realiza y argumenta, individual y colectivamente.

Bajo estas premisas se proponen tres niveles o vías de reflexión desde el diseño que lleven a comprender las bases históricas del desarrollo

productivo del espacio abierto como una propuesta para la transformación de los actuales modos de su producción.

I

Relación hombre–naturaleza

El espacio abierto como evidencia material permite afirmar que la relación entre sujeto y objeto es parte constitutiva de la dialéctica de la naturaleza. Para no caer en excesos de abstracción metodológica, se afirma que la naturaleza, en cualquiera de los niveles en que se la represente, no se puede comprender sin el hombre. La naturaleza, como categoría social, varía históricamente y dependerá del dominio de su conocimiento la posibilidad de superar su condicionamiento social. Así, mediante el concurso del trabajo humano, la naturaleza llevará a cabo el proceso de su recreación.

La actual producción social del espacio abierto, en cualquiera de sus escalas (regional, urbana o arquitectónica) ha perdido su primigenia y primordial referencia: la escala humana. En cualquiera de los sentidos bajo los cuales se podría entender esta premisa, habrá siempre una constante que colocará la condición humana como base estructural de toda práctica de diseño. Su concreción se torna significativa al entender al diseño como mediación racional del intercambio con la naturaleza. La transformación de la naturaleza está asociada a la disposición de fines que los seres humanos plantean, lógica y socialmente organizados. El intercambio orgánico con la naturaleza significa que ésta se humaniza y el hombre se naturaliza en su hacer. La dialéctica de la naturaleza se expresa en la producción del hombre como sujeto mutable, conscientemente activo, y en el enfrentamiento que le presenta, simultáneamente, como potencia natural.

Para que la naturaleza sea objeto de conocimiento en las reflexiones sobre el espacio abierto, tiene que ser entendida como históricamente modificada. La propia historia de las disciplinas del diseño demuestra la actitud que ha tenido

el hombre hacia la naturaleza: mantener la división del espacio a la par de las expresiones del tiempo. Sobre esta base de transformación, el espacio abierto adquiere su primer y más amplio grado potencial y objetivo, necesario para asumir que las formas de relación hombre–naturaleza son siempre un vínculo concreto y real mediado por nuestras prácticas.

El espacio abierto es ese lugar común de cohesión social donde, por su carácter económico, político y cultural, se resuelve todo tipo de intercambio simbólico, estructurado, además, por un argumento colectivo en donde el hombre, la naturaleza y la historia se condicionan recíprocamente.

II

Significación y estructuración simbólica del espacio abierto

El espacio abierto puede analizarse como un determinado sistema de significaciones, bajo la condición de trascender su carácter descriptivo y fenomenológico. Desde sus dimensiones simbólica, paradigmática y sintagmática¹ se presenta la necesidad de ejercer un determinado acto hermenéutico, es decir, de interpretación, que deleve los términos y, por lo tanto, los límites de su vigencia cultural. Condiciones que no sólo dependen de la conservación de la estructura física del espacio, sino de los significados vividos, pensados y recordados, estructurados en su relación social, en la mente del usuario y en su relación e influencia con otros espacios y otros objetos. En consecuencia, la estructura simbólica del espacio estará siempre en construcción.

Generalmente se actúa como si los sistemas de significación fueran inmutables, lo que despierta una resistencia a aceptar o asimilar ideas diferentes que puedan ser más sólidas y profundas en contenido. Por ello, la reflexión sobre los espacios públicos y abiertos se hace necesaria para reconocer los límites de la dimensión simbólica, la cual define los objetos que hacen posible la arquitectura del paisaje. La estructuración simbólica se dará a partir de la aportación con-

vergente de lo individual y lo social, a la que los miembros de una comunidad acuden para designar y reconocer el paisaje urbano. En la medida en que los distintos agentes sociales realizan sus prácticas, participan inevitablemente en la construcción de los significados de estos espacios. El nivel de consistencia, congruencia y pertinencia de las significaciones será la medida de su cohesión simbólica, cuya articulación logrará el reconocimiento consciente del paisaje como construcción colectiva, como forma de cohesión identitaria. Como consecuencia, se trasciende la individuación fragmentaria del contexto, para resignificar siempre desde la dimensión social las resoluciones concretas del diseño. El carácter del diseño del paisaje se distingue y comprueba por su inapelable dimensión social.

El significado como una unidad del pensamiento, por su carácter generalizador y de intercambio, posee un grado relacional que se sustenta sobre aspiraciones y argumentos colectivos, lo que permite proponerlo como posibilidad de cohesión social. Por eso, el espacio en todas sus acepciones se convierte en el lugar común de todos los significados y símbolos que lo estructuran, operando al interior de las relaciones sociales.²

Toda significación de un espacio abierto es una estructura móvil, perpetuamente modificada por el sujeto; sometida a pérdidas, a recuperaciones y a sustituciones, ya sea física o materialmente; lo que incluye también el registro mnemotécnico social de quien lo vive y lo recuerda.

El uso de un espacio abierto legitima y garantiza los diversos aspectos, articulación y variación de los procesos de comunicación, movilidades sociales e intercambios simbólicos en cualquier comunidad. La propia cultura será la que sancione o norme los contenidos significativos y simbólicos de los espacios públicos y abiertos, conformando una estructura de actualizaciones, movimientos y cambios. En este sentido, la muerte sirve de referencia para entender la resignificación que induce al cambio. Algunos símbolos fenecen, pero

nacen otros, y sobre esta vía ulterior, es primordial reconocer en los procesos de producción esa bifurcación para el cambio. Al mismo tiempo es necesario advertir los riesgos de configurar significaciones equivocadas; sin embargo, dependerá de una voluntad consciente mantener la condición humana por encima de cualquier seducción fetichizada³ del espacio. Desde las condiciones materiales de existencia, reconocer la condición humana es parte medular de la interpretación del contexto y su momento histórico, en donde lo dado se muestra como apertura, como posibilidad de proyectar y diseñar a partir de la conciencia de nuestra finitud.

El espacio abierto es un espacio político y de cohesión social cuyo carácter histórico nos permite reconocerlo como lugar de lucha, de movimiento social, de expresión, pero también de manipulación y control.⁴ El desgaste que puede producir la retórica llega a convertir en obsoleto un espacio cuando los sentidos, sobre-determinados por el prejuicio ideológico, quedan anestesiados y condicionados por los aparatos detentadores del orden conceptual, antes de que tenga lugar su percepción.

Al establecer su sentido simbólico y morfológico, el diseño establece límites: físicos, visuales y mentales. Cuando los límites del espacio abierto no son claros y legibles se llega a su desuso e inhabilitación. Por ello es necesario que desde el proceso de configuración de los objetos de diseño se defina el carácter de este tipo particular de espacio, sin dejar de reconocer el efecto de contradicciones y desigualdades políticas, económicas y sociales.⁵

Entender los límites y la codificación del espacio abierto requiere tener presentes dos relaciones similares pero diferenciadas. La que por un lado se mantiene entre el objeto de diseño y el contexto, y la que, por otro, se establece entre ese mismo objeto y el entorno. Se trata de relevar los grados y niveles de pertinencia que relacionan los productos de diseño. Esta relatividad les otorga calidad cultural y les permite superar su

fragmentación, con lo que se constituyen verdaderos sistemas de objetos.⁶

Habría que reconocer que en materia de intervención para el diseño del paisaje, esta relación puede generar confusiones en el manejo de las escalas: arquitectónica, urbana y regional. Cuando se pierden las dimensiones de la realidad sobre la que se actúa es posible que se presenten conflictos.

El libre acceso al espacio abierto es una determinación innegable para su uso; sin embargo, la falta de accesibilidad provoca su abandono.⁷ Por ejemplo, aquellos camellones entre grandes avenidas, mientras que forman parte del paisaje urbano, constituyen motivos sobresalientes para la acción social y la concertación política. Su potencial deriva de la enorme cantidad de territorio implicado. Existen zonas de la ciudad donde esos camellones son la única expectativa que los habitantes podrían tener de reivindicar espacios de carácter público. En ellos hay la oportunidad de brindar cierta calidad formal y de vida comunitaria, por el vínculo con la naturaleza y porque se habilitarían espacios cuya vocación permitiría resolver temas de integración social. Con esta base, disfrutar de un fragmento de vegetación es tarea prioritaria y clave.

A lo largo del proceso de diseño se produce y reproduce un tiempo social que indudablemente también contribuye a la estructuración simbólica de los espacios abiertos. Tiempo que tiene su particular expresión al momento de establecer la forma de los procesos de diseño. Éstos no exigen al tiempo de ser susceptible de significación y también de mistificación.⁸ Parecería evidente que las significaciones derivadas del tiempo son claras, sin embargo, dentro de la metáfora fetichista donde la fuerza transferida a seres, objetos y al espacio se concreta, al mismo tiempo se racionaliza la experiencia. En este sentido, habría que analizar hasta dónde se consagra culto a valores artificiales que llevan a constituir una falsa conciencia de esta realidad, incluyendo todo tipo de distorsiones semánticas. Éstas terminan

por sustituir la manipulación de signos por una manifestación de fuerzas e intereses sociales, a la par que se desarrolla un juego regulado de significantes para constituir una economía engañosa donde la transferencia de significados hace primar la dimensión mercantil.⁹

El tiempo productivo es aquel que refiere las acciones que realizamos. Es la determinante general bajo la cual las acciones sociales y toda forma de trabajo de producción y reproducción se realizan. Está incorporado en los objetos bajo determinados signos que la cultura y la comunidad reconocen. En este proceso la significación convierte los espacios abiertos en valor de cambio que, sometidos al trabajo de significación, se fetichizan y vinculan al sistema de objetos-signo, corriendo el riesgo de vaciarse de su sustancia y de su historia. Tal es el destino de tantos espacios abiertos donde los intereses contrarios a los comunitarios deterioran su condición material a partir de significaciones espurias, ajenas al consenso social, y que son avaladas sólo con el argumento del mercado.¹⁰

El ser humano relativamente transforma la realidad exterior con la sumatoria dialéctica y articulada de cada acción, individual y colectiva; mediante la organización y producción de un modo de disposición comunitaria, ambiental, simbólica, de la cual surge a la vez la propia acción. En las acciones de una comunidad, son varios individuos los que actúan entre sí, bajo objetivos comunes que intentan unificar las diferentes formas de participación social. Para ello, es necesaria la participación individual, voluntaria y consciente. Se pactan acuerdos, se ejercen derechos y obligaciones, se establecen compromisos y se ejercen responsabilidades. La cohesión social que así se logra dependerá también del nivel interpretativo y de identificación que tengan respecto de sus espacios, sus significados y la consecuente apropiación. Toda la acción social contribuye a formar parte de la construcción simbólica del entorno y, por tanto, habrá de constituir objeto de observación y análisis del diseño del paisaje.

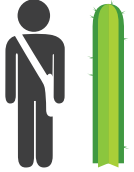
Espacio Abierto

Textos **Mónica Inzua Estrada / Jaime Irigoyen Castillo**
Diseño **Daniel Leyte Muñiz**

1 Espacio abierto

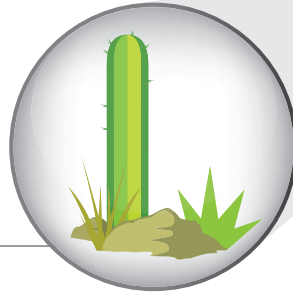
El espacio abierto es ese lugar común de cohesión social donde, por su carácter económico, político y cultural, se resuelve todo tipo de intercambio simbólico estructurado por un argumento colectivo en donde el hombre, la naturaleza y la historia se condicionan recíprocamente.

2 Hombre—naturaleza



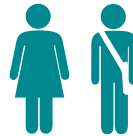
La naturaleza, en cualquiera de los niveles que se le represente, no se puede comprender sin el hombre. La naturaleza, como categoría social, varía históricamente, y dependerá del dominio de su conocimiento la posibilidad de superar su condicionamiento social.

3 Para que la naturaleza sea objeto de conocimiento en las reflexiones sobre el espacio abierto, tiene que ser entendida como históricamente modificada.



4 Producción social del espacio abierto

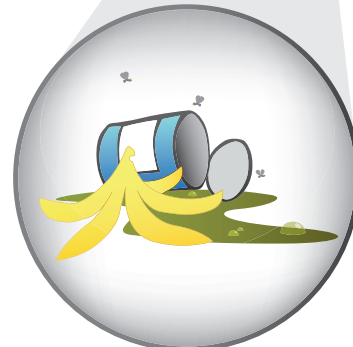
La actual producción social del espacio abierto, en cualquiera de sus escalas (regional, urbana o arquitectónica) ha perdido su más importante referencia: la escala humana. En cualquiera de los sentidos bajo los cuales se podría entender esta premisa, habrá siempre una constante que colocará la condición humana como base estructural de toda práctica de diseño.



5 Muerte y abandono del espacio abierto

Durante la fase de consumo de los espacios abiertos, puede llegar a darse la reducción de su correspondiente valor de uso. Es parte del proceso de desgaste material al que está sometido. Sólo que el proceso no es únicamente físico. Las significaciones cambian y se reorganizan.

No hay modo de entender algún proceso o ciclo de vida sin la inclusión de la muerte, por lo tanto, no hay objeto que no se sujete al paso del tiempo, o a los efectos del deterioro.



6 Uso del espacio abierto

Gracias a su carácter histórico nos permite reconocerlo como lugar de lucha, de movimiento social, de expresión, pero también de manipulación y control.

Las formas de relación hombre-naturaleza son siempre una relación concreta y real mediada por nuestras prácticas.

Legitima y garantiza los diversos aspectos, articulación y variación de los procesos de comunicación, moviidades sociales e intercambios simbólicos en cualquier comunidad.

7 Degradación política de espacios abiertos

La degradación política de un espacio es cuando se aprecia la disminución de áreas abiertas. Al mismo tiempo, cualquier hueco o aparente vacío es inundado de intereses privados disfrazados de carácter público.

Esta privatización soterrada del espacio, como lo han estado haciendo en el área del Centro Cultural de CU, nos convierte en rehenes de intereses ajenos. Se ha perdido el sentido y carácter inicial del proyecto, que era hacer interactivos y amables todos los espacios de Ciudad Universitaria, recorrerlos libremente, percibirlos como totalidad.

La intención es conservar la libertad de recorrido, permitir que cada quien pueda crear sus historias, resignificándolo continuamente, y por varias generaciones.

8

Libre acceso al espacio abierto

El libre acceso al espacio abierto es una determinación innegable para su uso. Sin embargo, la falta de accesibilidad ha provocado el abandono de los espacios abiertos.

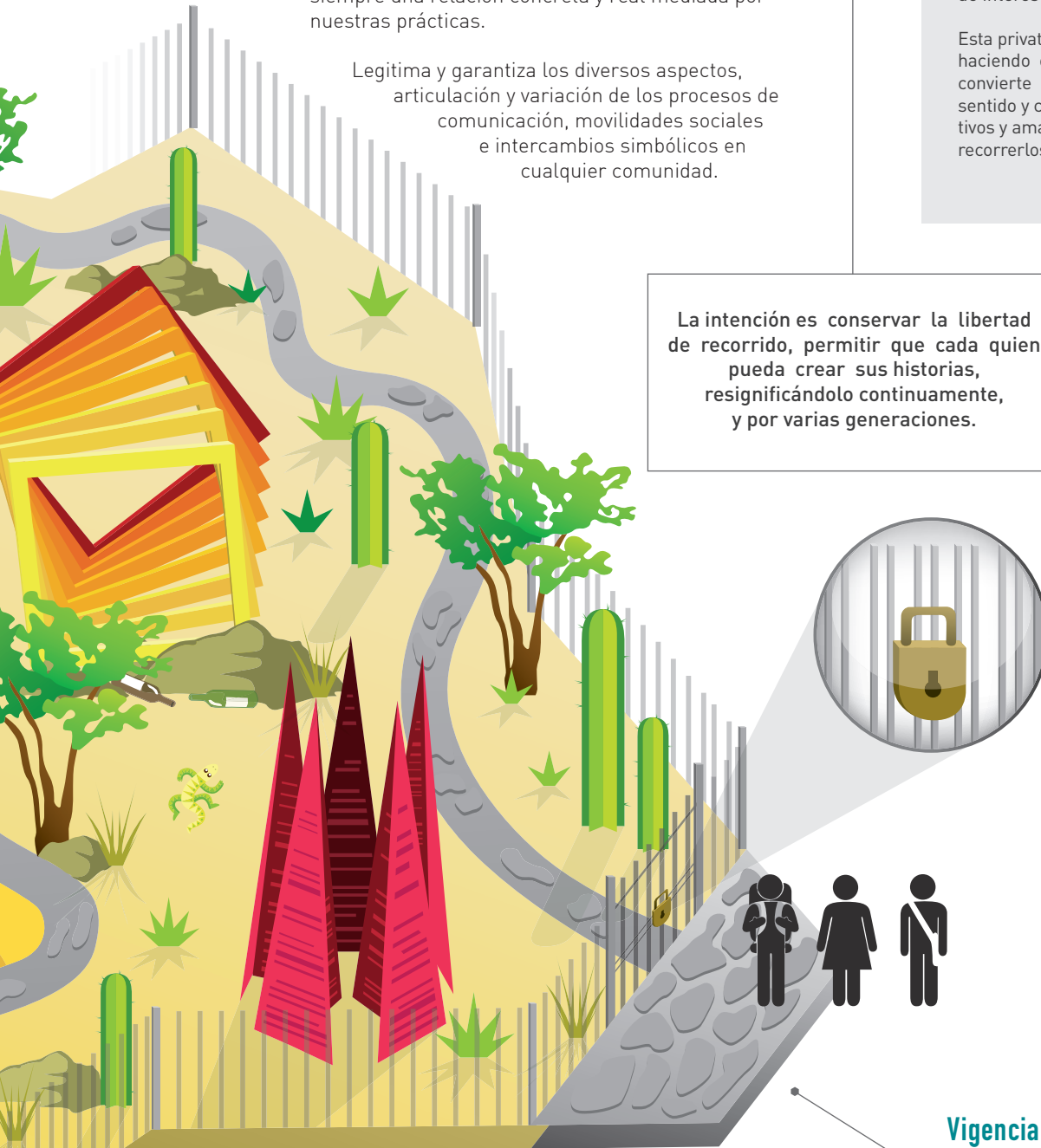
Vigencia y caducidad cultural

9

La vigencia y caducidad cultural de una estructura simbólica depende de su conservación tanto dentro de la memoria individual, como de la colectiva. Su vigencia depende también de su grado de resonancia, del impacto que puede causar dentro de la psique de un individuo y éste extenderla o llevarla al resto de la comunidad para su valoración. Situación que suscita la lucha entre lo universal y lo individual, entre lo nuevo y lo viejo, entre lo global y lo local.

10 Nuevas significaciones

El espacio abierto en abandono puede generar otro tipo de estímulos, donde el pensamiento abre campos de exploración y se pueden encontrar nuevas significaciones. Esta reestructuración mental y cognitiva renueva el intercambio simbólico que habrá de otorgar un nuevo orden a la experiencia de vivir esos espacios.



Sin embargo, cuando nos situamos en su nivel interpretativo provocado por el estímulo de imágenes y abstracciones basadas en un sistema concebido por los medios masivos de comunicación, antes que se presente la totalidad de los contenidos, el cuerpo del análisis crítico de la conciencia se va mutilando. La percepción generalizada es condicionada desde los intereses de los medios. La codificación y decodificación de la realidad urbana del espacio abierto, como testigo histórico de su degradación, revelan las implicaciones que conlleva el condicionamiento por los medios. Y se construyen y difunden imaginarios cimentados en las condiciones del campo ideológico dominante.

Por ello, para la estructuración simbólica, es necesaria la adquisición y aportación de significantes, donde el progresivo desarrollo de las estructuras cognitivas permita actualizar el vínculo con las disciplinas actuales y los nuevos paradigmas. Los distintos contextos culturales deberán articularse en tareas comunes, para que la diferenciación y coordinación que debe darse entre significado y significante¹¹ permita la reconstrucción simbólica del entorno. La cultura misma determina así la génesis, el desarrollo, la trascendencia y la muerte de las estructuras simbólicas, así como su producción y reproducción. Todo sistema de significación se encuentra siempre en transformación. Por ello es necesario reconocer desde el proceso de diseño el potencial que tiene un espacio para resignificarse una vez materializado.

III

Valor de uso y de cambio, tecnología y apropiación del espacio abierto

Resulta primordial hacer un análisis y reflexión del espacio abierto en cualquiera de sus escalas, en cuanto valor de uso, que es el que nos acerca a la realidad, a las comunidades, a la gente, a la naturaleza, al contexto, al ambiente, a las tecnologías, al momento histórico social de su producción. De éste deriva el valor de cambio, es decir, su con-

dición de intercambio, que generalmente lleva a la especulación del suelo a la rentabilidad de la tierra; éste es su carácter mercantil;¹² valor que, empero, es base estructural para la resignificación del espacio abierto.

La apropiación del espacio abierto es un proceso social. Como tal, es necesaria la revisión de este concepto a partir de un entendimiento diferente de la relación entre sujeto, objeto y naturaleza. Ya que para cambiar la forma de apropiación del espacio abierto es necesario saber en dónde se está, para pensarlo como propio; la apropiación de ese espacio dependerá de saber y saberse incluido; todo saber debe dar inicio a alguna transformación.

El ajuste a las exigencias prácticas orientadas a una finalidad social exige la transformación de condiciones, por lo que la eficacia de la planificación y gestión del espacio público consiste en definir las condiciones de intercambio social. Éstas generalmente obedecen a un reflejo económico.

Una comunidad especula respecto de la función psicológica, física o material del espacio. De igual manera lo hace para objetos y sus efectos: perceptivos, estéticos y psicológicos, en relación con los demás y con su entorno. De esta interacción se formularán conceptos acerca de los valores reflejados en el diseño mismo, así como de su significación y connotaciones ideológicas. Ello irá definiendo la participación de los diseñadores en el desarrollo histórico de la sociedad.

Esta participación exige la vinculación con la realidad, lo que implica un constante salto crítico del presente al futuro. Para criticar lo viejo, se debe tener clara la propuesta de lo nuevo, articulándolos. Deberá regularse la relación de la teoría con la práctica, para considerar bifurcaciones y variables que el propio proceso ofrece para el desarrollo conceptual del espacio abierto. El papel del diseñador como mediador es razón y fuerza productiva; la racionalidad en el diseño, como condición pragmática, incluye la comprensión de las leyes naturales, haciendo lo más eficaz posible su uso en la intervención del paisaje como

espacio productivo. Así, la naturaleza adquiere una cualidad social como valor de uso. Este cambio de cualidad habrá de convertirse en posibilidad de apertura. La racionalidad de la naturaleza, cuando se interviene el paisaje, permite legitimar el papel de la ciencia y la tecnología. Para ello, la experiencia, el conocimiento y el dominio de las disciplinas del diseño exigen una constante actualización.

Reconocer el carácter político de la ciencia y la tecnología implica considerar su papel transformador desde las prácticas disciplinares del diseño. Sin embargo, ese saber hacer también se alimenta del carácter contradictorio con el que hoy se expresan. Por ejemplo, el medio ambiente es objeto de tratamiento diverso desde ambas formas de conocimiento; sin embargo, para la escala de los requerimientos poco se ha implementado en la escala global para equilibrar y revertir su deterioro generalizado. En ocasiones, cuando se habilitan los medios tecnológicos propios para la realización de las acciones pertinentes, paradójicamente aumenta el control social. El resultado es la fragmentación de los procesos creativos: los del diseño y los de la acción social. Se pierde entonces la continuidad semántica de las significaciones sociales que dan lógica y razón de ser a los espacios abiertos de carácter público.

Un ejemplo claro del valor de cambio, en el sentido consecuente de la degradación política de un espacio, es cuando se aprecia la disminución de áreas abiertas. Al mismo tiempo, cualquier hueco o aparente vacío es inundado de intereses privados disfrazados de carácter público. Esta privatización soterrada del espacio, como lo han estado haciendo en el área del Centro Cultural de CU, nos convierte en rehenes de intereses ajenos. Se ha perdido el sentido y carácter inicial del proyecto, que era hacer interactivos y amables todos los espacios de Ciudad Universitaria, recorrerlos libremente, percibirlos como totalidad. El atributo relacional de este espacio consiste precisamente en que no se permite tratarlo como elemento aislado, sino como promotor de relacio-

nes vinculantes de cualquier acción. La intención es conservar la libertad de recorrido, permitir que cada quien pueda crear sus historias, resignificándolo continuamente, y por varias generaciones.

La oportunidad democrática de las intervenciones en los espacios abiertos y públicos tiene la ventaja de construir comunidad, al tiempo que se promueve toda una cultura distinta de su apropiación.

La vigencia y caducidad cultural de una estructura simbólica depende de su conservación en la memoria individual y colectiva, así como de su grado de resonancia en la psique de un individuo y de su extensión comunitaria. Situación que suscita la constante lucha entre lo universal y lo individual, entre lo nuevo y lo viejo, entre lo global y lo local. Dualidades cuya dialéctica les otorga el carácter utilitario que habría de aprovecharse para no rendirlas al mercado y mantenerlas como verdaderos parámetros de relación social, lo que permite evaluar los procesos de significación de estos espacios.

Al ser el espacio abierto un lugar común de intercambio, se involucra la dimensión informativa que evitará tanto la esterilización cultural como la aceptación acrítica de situaciones de dominación y poco democráticas de los espacios comunitarios. Por ello la producción social del espacio abierto requiere fortalecer la capacidad de intervención o respuesta de los usuarios. Las propuestas deberán hacer extensible la significación del espacio para involucrar la participación de los usuarios mediante sus propias acciones.

Asimismo, en el diseño de los espacios abiertos habría que considerar la peligrosa implicación de nuevos criterios valorativos, en ocasiones teñidos de discriminación. Como acaece en el rubro tecnológico en cualquiera de sus aplicaciones, ya que no todos tienen acceso a ella. Bajo condiciones económicas, siempre será mayor la demanda que la oferta; la calidad rinde tributo a la predominancia cuantitativa. El sistema social vive especulando con los deseos y las necesidades, donde se disfrazan las propias carencias y se evade el

compromiso de resolver el tema del desarrollo social. En ocasiones, estas situaciones se desbordan y favorecen el oportunismo político. Lo alarmante surge cuando la dimensión simbólica de lo comunitario pierde contenidos al momento de producirse estos espacios. La estructura simbólica original pierde sentido y se degrada hasta llegar a representar simples actitudes pasivas, indiferentes, promotoras de un tipo de *paideia*¹³ discursiva y operativa al servicio de las condiciones dominantes.

En ocasiones, algunos diseñadores, paisajistas, arquitectos y urbanistas cambian valores argumentales por una desgastada retórica, sin demostrar la eficacia y eficiencia de sus propuestas en la realidad social. Algunos se resuelven en el préstamo de soluciones ajenas, cuya impostación no funciona, ya que la carencia de sustento contextual impide que se mantengan vigentes dichos modelos en su contexto cultural y productivo.

Por otro lado, aunque las acciones para diseñar el paisaje dependen de la dimensión de la intervención, no deja de ser una cuestión de política pública, de tenencia de la tierra y del carácter especulativo del suelo, acciones del presente que indudable y metodológicamente involucran al pasado y el porvenir. Es así que los niveles de intervención del paisaje dependen de instancias e instituciones que median su producción. A su vez, la gestión de políticas públicas determina el carácter productivo del espacio en un nivel, pero la propia cultura legitima su sobrevivencia.

IV

Muerte y abandono del espacio abierto

Durante la fase de consumo de los espacios abiertos puede llegar a darse la reducción de su correspondiente valor de uso. Es parte del proceso de desgaste material al que está sometido. El proceso no sólo es físico. Las significaciones cambian y se reorganizan. Las que sostienen simbólicamente a los espacios abiertos, al tiempo que se reconstituyen, permiten evaluar sus con-

diciones. La obsolescencia y carencia de ellas, su abandono y consecuente olvido refieren un particular sentido de muerte. No hay modo de entender ningún proceso o ciclo de vida sin la inclusión de la muerte; por lo tanto, no hay objeto que no se sujete al paso del tiempo, o a los efectos del deterioro. Así, esta dialéctica permite entender el espacio abierto como una estructura viva, para dar razón y lugar a las nuevas significaciones que lo han de estructurar continuamente.

Esto se logra comprender si se hace la pertinente distancia metodológica con el nivel descriptivo y fenomenológico que tan erróneamente lleva a especular sobre la morfología, la génesis y explicación de este tipo de espacio. Sin embargo, el espacio abierto en abandono puede generar otro tipo de estímulos, donde el pensamiento abre campos de exploración y se pueden encontrar nuevas significaciones. Esta reestructuración mental y cognitiva renueva el intercambio simbólico que habrá de otorgar un nuevo orden a la experiencia de vivir esos espacios.

Por otro lado, habría de reconocerse que en el marco de las necesidades actuales del desarrollo, las transformaciones del espacio abierto resultan prioritarias en la medida de su significación productiva. Es imperativo e inaplazable incorporar al sistema general de significaciones culturales toda posible modificación territorial con el fin de convertir en productivos los espacios de este tipo. La rehabilitación y reciclamiento del espacio abierto constituyen un cambio. Contribuye a impulsar la viabilidad de las propuestas de diseño de intervención urbana. Para su reconstitución simbólica, dependerá del argumento, que funde la razón suficiente y necesaria, el que se garantice su concreción material, con lo que se evita el desgaste del discurso verde, por ejemplo, que evidencia una vacua sustentabilidad. El mal uso de las referencias aplazaría las verdaderas posibilidades de cambio y transformación de las condiciones materiales de los espacios abiertos.

El papel de la universidad pública obliga al compromiso de inscribir estas problemáticas

dentro de sus planes y programas académicos. Así, como instancia de enseñanza y aprendizaje se tendrán que revisar también sus métodos, su discurso y su contacto con la realidad.

Entender que todo sistema de significación se encuentra siempre en transformación abre la posibilidad (al diseñador y a sus modos de diseñar) de reconstituirse sobre nuevas bases. La conciencia de la vigencia y caducidad de nuestros diseños será determinante para el avance hacia el cambio de los actuales modos de producción del espacio abierto, así como del entendimiento y hermenéutica de lo ya construido, de su deterioro, de su obsolescencia, de su actual y ulterior presencia, así como la comprensión de nosotros como habitantes de una ciudad, como profesionistas, pero sobre todo como seres humanos en relación con la naturaleza.

Notas

1. Entiéndase por paradigma un tipo de relación lógica (inclusión, conjunción, disyunción, exclusión) entre un cierto número de nociones o categorías maestras que configuran las opciones de un sintagma. El sintagma es el conjunto de elementos que ayudan a contextualizar espacio-temporalmente un objeto en la búsqueda de un sentido, el cual ayudará a entender y aprehender cualidades de un objeto y ligarlo con otros objetos.
2. Un ejemplo notable y claro se aprecia en la aplicación de los paradigmas tecnológico y ambiental.
3. Fetichismo es veneración excesiva al objeto; es decir, se transfiere una fuerza particular y concreta a seres, objetos y espacios, en ocasiones ajena a su proceso productivo.
4. Véase H. Lefebvre, *Espacio y política. El Derecho a la ciudad II* (Barcelona: Península, 1969/73).
5. Entiéndase esto como parte del movimiento de expansión y contracción entre fuerzas centrípetas y centrífugas al interior del diseño que dan por resultado su configuración y eventual modelización.
6. Todos los objetos están estructurados dentro de un sistema, el cual permite la extensión de su significación convirtiendo en operante su estructura simbólica, dentro de sus condiciones materiales de la cultura. Por ello, corresponde a la hermenéutica situar un elemento en un contexto, donde es interpretado y estructurado a partir de las relaciones que establecen su inserción en dicho sistema, ya sea de objetos o de ideas. Para profundizar en el tema véase Jean Baudrillard, *Sistema de los objetos* (México: Siglo XXI, 1969).
7. Otro ejemplo son esos programas delegacionales de corte social que resultan apenas paliativos contra la delincuencia, o aquellos orientados hacia el control del tiempo libre y que consisten en llenar cualquier espacio abierto de aparatos rojo-amarillos que terminan ejercitando el cuerpo de unos, la irresponsabilidad de otros y la conciencia de pocos.
8. Esta mistificación radicaría en que el tiempo pareciera desligarse o anularse de la relación social del proceso productivo.
9. Este fetichismo de significados incluye la pretensión del sujeto en aquello que, del objeto y del espacio, es ficticio, diferencial, cifrado, sistematizado; es la pasión del cifrado que, regulando y subordinándose a la vez a objetos y sujetos, los destina juntos a la manipulación abstracta, a la enajenación.
10. Es común ver estos espacios abiertos reducidos al estado de marca, o *brandig*. En la arquitectura sucede lo mismo que con las mercancías. Por ejemplo, cada país quiere tener un *Gehry*, un producto del famoso arquitecto, aunque no tenga el necesario arraigo contextual. Los rasgos temporales de este carácter mercantilizado, que finalmente devienen cultura, quedan evidentemente grabados en su materialidad. Por eso los espacios abiertos permiten ser leídos desde su propia lógica; es decir, permiten la identificación de su calificación cultural, por época, tipo o estilo.
11. Para la extensión y comprensión profunda de lo que el significado y significante abarcan en su extensión semántica, véase Umberto Eco, *La estructura ausente* (México: De Bolsillo, 2006).
12. Valor de uso es aquel que remite a la utilización del objeto o del espacio. Valor de cambio es su condición de intercambio, la existencia social del objeto o de un espacio.
13. El término *paideia* referido al discurso manipulado significa que lo que se dice se toma como el modo único y vía singular en la formación cultural del ser humano.

Referencias

- Baudrillard, J. *Crítica de la economía política del signo*. México: Siglo XXI, 1974. 263 pp.
- . *El intercambio simbólico y la muerte*. Caracas: Monte Ávila, 1980. 257 pp.
- . *Sistema de los objetos*. México: Siglo XXI, 1969. 229 pp.
- Bergson, H. *Ensayos sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Salamanca: Sígueme, 1927/1999. 166 pp.
- . *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*. Buenos Aires: Cactus, 2006. 280 pp.
- . *El pensamiento y lo moviente*. Buenos Aires: La pléyade, 1972. 188 pp.
- . *La evolución creadora*. Argentina: Cactus, 2007. 366 pp.

- . *Memoria y vida*. España: Alianza, 2004. 177 pp.
- Eco, U. *La estructura ausente*. México: De Bolsillo, 2006. 446 pp.
- Engels, F. *Introducción a la dialéctica de la naturaleza*. México: Gernika, 2008. 197 pp.
- . *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. México: Colofón, 2011. 207 pp.
- Ferrater, J. *El ser y la muerte. Bosquejo de filosofía integracionista*. España: Alianza, 1988. 192 pp.
- Freud, S. *Psicopatología de la vida cotidiana*. España: Alianza, 1966-2008. 332 pp.
- . *El malestar de la cultura*. España: Alianza, 1966-2008. 309 pp.
- Inzua, M. "Simbolismo como fundamento ideológico del proceso de diseño de un objeto arquitectónico" tesis de licenciatura, Facultad de Arquitectura, UNAM, 2006. 304 pp.
- Irigoyen, J. *Filosofía y Diseño: una aproximación epistemológica*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1998/2008. 414 pp.
- Lefebvre, H. *El Derecho a la ciudad*. Barcelona: Península, 1969/73. 169 pp.
- . *Espacio y política. El Derecho a la ciudad II*. Barcelona: Península, 1976. 157 pp.
- . *Sociología en Marx*. Barcelona: Península, 1969. 183 pp.
- . *El pensamiento marxista y la ciudad*. México: Extemporáneos, 1973. 172 pp.
- Marx, K. *El Capital*, Tomo 1. México: Fondo de Cultura Económica, 1946. 849 pp.
- . *La Miseria de la Filosofía*. España: Edaf, 2004. 309 pp.
- . *Introducción General a la Crítica de la Economía Política*. México: Siglo XXI, 1968. 123 pp.
- Piaget, J. *La epistemología del espacio*. Argentina: El Ateneo, 1971. 289 pp.
- . *El estructuralismo*. México: Publicaciones Cruz, 1999. 131 pp.

Mónica Inzua Estrada

Doctorando en arquitectura, Posgrado de Arquitectura, UNAM Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México

Jaime Irigoyen Castillo

Doctorando en arquitectura, Posgrado de Arquitectura UNAM División de Ciencias y Artes para el Diseño de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México